POESIAS FÚNEBRES

VERSOS PARA LA PIRA

En las exequias del Illmo. Señor
Obispo de la Puebla

DON FRANCISCO PABLO VAZQUEZ

OCTAVAS

I

Como paloma en bárbaro desierto,
Al ocultarse el sol en Occidente,
Triste y privada de su esposo muerto
A solas gime á orillas del torrente;
Así esta Iglesia, en lágrimas deshecho
El bello rostro, y pálida la frente,
Gime la muerte del Pastor querido
Cuyas virtudes no echará en olvido.

II

El monstruo del Error, monstruo sangriento
Abortado en las márgenes del Sena,
Pretendió emponzoñar con el aliento
La grey cristiana de virtudes llena;
Mas el santo Pastor con ardimiento
A la fiera persigue y encadena,
Y despreciando su mortal pujanza
Al grande abismo con desden la lanza.

III

La ciencia coronó su docta frente
Con verdes hojas de laurel lozano,
Y en las vigilias se ilustró su mente
Al resplandor del alto Vaticano:
Los velos del Señor Omnipotente
Humilde alzó con temblorosa mano,
Y su estilo debió grave y divino
Al gran Bossuet y al Orador latino.

IV

En medio del terror y la pavura
El buen Obispo se acercaba al Ara,
Y nunca permitió que boca impura
En la sangre de Cristo se empapara:
Entre sus manos inflexible y dura
Contra los vicios fué de Aron la vara,
Y procuró que diese el incensario
Olor de suavidad en el Santuario.

CUARTETOS

I

La Roma de hoy, por su virtud severa,
Puso gustosa el báculo en su mano,
Y allá en los tiempos del Caton Romano,
Censor del pueblo rey nombrado fuera.

II

Sin envidia, temor ni vanagloria,
Firme luchó contra los vicios su alma,
Y subió al cielo á recibir la palma,
Palma debida á su inmortal victoria.

III

La grave mitra con su peso oprime
Su fatigada y abatida frente,
Y el buen Pastor en su dolor vehemente
Postrado ante Jehová suspira y gime.

IV

De la patria lloró la desventura
Por la guerra civil; pero en su pecho,
De la invasion al temporal deshecho,
Rebosaron las aguas de amargura.

AL ILLMO. SEÑOR BECERRA

OBISPO DE PUEBLA

SONETOS

I

El manso arroyo corre trasparente
Entre apacibles árboles y flores,
Y no enturbian los vientos voladores
La limpia nitidez de su corriente.

Así tu corazon siempre inocente
No se turba del mundo á los favores,
Y entre las turbulencias y dolores
Caminas firme y con serena frente.

Aunque la negra tempestad pudiera
Con grandes rayos abrasar el suelo,
Y aunque el mar de su abismo se saliera,

Tu alma cristiana en tan inmenso duelo
A Dios unida, sosegada viera
Hecho pedazos desplomarse el cielo.

II

Purisima es la delicada rosa
Mojada con las gotas de rocío,
Que á las orillas del florido río
Blanda se mece al aura deliciosa.

Pura es tambien la luna esplendorosa
Llena rodando en medio del vacío,
En clara noche del enero frío,
Mientras dormido el piélago reposa;

Pero tu alma, ¡oh Pastor! es muy mas pura:
Desde que eras muy niño todavía,
Dios te libró de la molicie impura.

Del mundo en la terrible travesía
Te llevó de la mano con ternura
En negra noche, y turbulento día.

CUARTETO PRIMERO

En tus sienes se mira refulgente
La mitra que tu ciencia merecia,
La augusta mitra que brilló algun dia
De Palafox en la gloriosa frente.

CUARTETO SEGUNDO

Antes podrá brillar el alto Urano
En el polo boreal con Cinosura,
Que el oro, ó el poder, ó la hermosura
Puedan doblar el báculo en tu mano.

SONETO

PARA COLOCARSE EN LA PIRA, EL DIA DE LAS HONRAS DEL P. NAJERA

En el triste recinto del Santuario
Donde no llega el mundanal estruendo,
Y adonde sin cesar están viniendo
Los recuerdos terribles del Calvario,

Este buen sacerdote solitario
Se prosternaba ante el Señor tremendo,
Y, por el pueblo criminal pidiendo,
Perfumaba el altar con su incensario.

Y despues retirado en celda oscura
Los volúmenes santos revolvia,
Y allí encontraba celestial dulzura.

Con sus grandes verdades se nutria
Y alzaba el vuelo á la mansion segura
En que esperaba descansar un dia.

PARA UN PANTEON

OCTAVAS

I

De Adan por el delito sin segundo,
El hombre con sudor la tierra moja,
Se harta de angustia en el ingrato mundo,
Y errante vaga como inútil hoja:
Llora y suspira en su pesar profundo,
Y muere entre el dolor y la congoja,
Y baja hasta la tumba que lo espera.
¡Ay del mortal si un Salvador no hubiera!

II

Del miserable el polvo aquí reposa
Con el polvo soberbio del magnate,
Con el polvo del sabio y de la hermosa,
Y del guerrero bravo en el combate.
La reina del espanto desdeñosa
A todos los iguala y los abate,
Y para mas desprecio, en su santuario
Deja brotar el cardo solitario.

Á MI HERMANA

SONETO

Como la blanca garza, ¡quién pudiera
Hácia el Oriente dirigir el vuelo,
Y buscar á lo lejos otro suelo
Donde á solas estar mientras viviera!

Y del torrente Arnon en la ribera
Me sentara á llorar bajo otro cielo,
A ver si hallaba á mi dolor consuelo
En una tierra para mí estranjera.

Y al arrullar la tórtola doliente,
Tu muerte lamentara enternecido
Sin atreverme á levantar la frente.

Y te gritara en lánguido gemido:
¡Oh dulce hermana para siempre ausente!
Nunca tu hermano te echará en olvido.

A LA MEMORIA

DE

DON LUIS MARTINEZ DE CASTRO

Muerto en la batalla de Churubusco.

No quiero ramas de ciprés sombrío,
Quiero coronas de jazmin y rosa,
Para esparcirlas en la dura losa
Que está cubriendo aquel sepulcro frío.

En la tumba feliz yace en reposo
¡Oh dulce amigo! tu ceniza leve,
Y mi labio á tocarla no se atreve.
¿Cómo tocar un polvo tan glorioso?

Quien el peligro al deshonor prefiere,
Quien con el trueno del cañon se inflama,
El que su sangre sin temor derrama,
El que resuelto por su patria muere,

No á triste luto y lánguido lamento
Es acreedor, ni á dolorosos llantos;
Mil perfumes merece y bellos cantos,
Laureles y laureles ciento y ciento.

A la afligida patria en holocausto
Tu vida consagraste con ternura:
¿Cómo podrán los ayes de amargura
Turbar suceso tan heróico y fausto?

Tu noble pecho se mantuvo quieto
En medio del furor de la batalla,
Y al silbo de las balas y metralla
Pisabas el terrible parapeto.

Ruidoso deshonor hoy nos abruma;
¡Ay! si hubieran seguídose tus huellas,
Jamas el pabellon de las estrellas
Flotara en la ciudad de Moctezuma.

En sangre tinto, y de sudor bañado,
Entre el humo y estruendo del combate,
Tu corazon heróico no se abate,
Nada abate al intrépido soldado.

Moriste en fin, pero en el cielo te hallas
Coronado de espléndidos luceros,
Y con valientes é ínclitos guerreros
Ves cara á cara al Dios de las batallas.

Pide al grande Jehová que compasivo
Nos dé desde su trono una mirada,
Dile que envaine su terrible espada
Y nos dé un ramo de apacible olivo.

Que se abracen al fin los mexicanos,
Que cese de las madres el gemido,
Y cese de las armas el crugido.
¡Dios inmortal, perdona á mis hermanos!